

**OBSCURO, -RA**

*(oβs'kuro, -ra)*

Incierto/a, de modo que infunde temor, inseguridad o desconfianza. Desconocido/a, mal conocido/a o misterioso/a.



# LA SONRISA DEL ESCORPIÓN



# LA SONRISA DEL ESCORPIÓN



Celia Año Espí



**OBSCURA**  
e d i t o r i a l

© 2024, Celia Añó Espí  
© 2024, Obscura Editorial, S.L.  
Avinguda d'Esplugues, 77. 08034 Barcelona  
© 2024, David G. Vaquero, por la ilustración de cubierta

Primera edición: enero de 2024

Ilustraciones de los personajes: Celia Añó Espí  
El cartel se ha diseñado con recursos de Flaticon.com (autoría: POD Gladiator)  
Fotografía de la autora: Amnesia Lofish  
Composición de cubierta: Marc Vilaplana  
Corrección: Joana Macià Domingo y Roser Vales i Abenoza  
Maquetación: Joana Macià Domingo

Todos los derechos reservados. Agradecemos que haya comprado una edición autorizada de esta obra. De acuerdo con las leyes de copyright, esta publicación no puede ser reproducida ni distribuida, ni total ni parcialmente, del mismo modo que se prohíben cualquier tipo de reproducción y comunicación pública de la misma sin el consentimiento previo por escrito del titular o titulares.  
En caso de necesitar fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>).

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-127327-1-9  
Depósito legal: B 16981-2023

Impreso en Gràfiques Rey, S. L.  
Carrer d'Albert Einstein, 54  
08940 Cornellà de Llobregat  
Barcelona

*A Chuchi, a quien esperaba que le gustara Maus  
y se volvió la madrina de Rosetta.  
Y a Agatha Christie, por enseñarme la magia  
de las novelas de misterio.*







Liliana

*Está más interesada en resolver su propia muerte que en el juego.*



Augusto

*Le gusta tomar notas de lo que sucede sin interferir. Cree que todo es como un cuento.*



Damien

*Es el más peligroso de todos. Quiere escapar de la isla a cualquier precio.*



Cleos

*Le encantan los enigmas y los rompecabezas. Es un auténtico cotilla.*



*Un pillastre desvergonzado. Tiene la mala costumbre de robar objetos brillantes.*



*Perezosa. Se pasa todo el tiempo durmiendo porque nada le interesa... a menos que se trate de un crimen.*



*Es un poquito mandona y tiene las ideas muy claras. Su sueño siempre ha sido diferente al de los demás.*



*Quiere ser el mejor amigo de todos e intenta sin éxito unir al grupo.*



*Tiene ideas muy extrañas. Le gusta investigar y se ha propuesto derrotar a los dioses oscuros.*



*Le encanta el mar y está siempre tarareando la misma canción.*



*Actúa como un animal salvaje. Se le da muy mal socializar con los demás.*



*Una bailarina con música en el corazón. Es bastante cobardica.*



*El decimotercero.*



*Un autómatas que se comunica con los dioses oscuros. También cuenta cuentos.*

**Escorpión:** Puede usar veneno. Su objetivo es matar al resto o sobrevivir a los tres juicios.

**Cangrejo y toro:** Sin habilidades.

**Balanza:** Puede proponer un juicio extra al final del juego.

**León:** Vota doble durante el juicio.

**Arquero:** Si sale elegido culpable en el juicio, le pasa su castigo al jugador que decida.

**Cabra:** Durante el juicio puede hacerle una pregunta a Cuervo que será respondida con sinceridad.

**Agua:** Durante cada turno puede volver a otro jugador inmune al veneno del escorpión.

**Virgen:** Puede resucitar a un solo jugador.

**Gemelo:** Tiene una vida extra.

**Pez:** Puede unirse a otro jugador y compartir objetivos (incluido el escorpión). Si uno muere, el otro también.

**Carnero:** Al igual que el escorpión, no necesita dormir.

# ÍNDICE

Pétalos y la húmeda tierra de una tumba .....	15
El decimotercero .....	18
Barro y sueños rotos .....	22
Período de descanso .....	26
La Noche del Escorpión .....	32
Día cero .....	34
Tanteo .....	38
Deseos que se creen promesas .....	40
Cabellos dorados y anillos robados .....	44
¿La primera víctima? .....	48
Los valientes asumen las consecuencias .....	51
Una bailarina en el bosque .....	56
Cuando el trece se vuelve un buen número .....	60
La curiosidad le arrastró por pasillos abandonados .....	66
Pistas mezcladas .....	68
La escena del crimen .....	78
El gemelo .....	82
Detectives de sus respectivos asesinatos .....	85
Misterio resuelto .....	88
La balanza .....	93
Un incidente con cuchillos .....	97
Sobre la mesa del incidente .....	105
Mejor sola que mal acompañada .....	109
Accidente misterioso, accidente letal .....	117
Despertar tras una larga pesadilla .....	120
La pieza perdida .....	124

Tres misterios por resolver .....	127
El primer juicio .....	139
Un corazón vivo pero malherido .....	154
Tesoros escondidos .....	156
Maquillando un crimen .....	160
Huellas enterradas en el barro .....	162
Un sueño de burbujas .....	167
Un ladrón a contrarreloj .....	168
Chanchullos y entresijos .....	171
Una mera tumba .....	178
Reconstruyendo el día tres .....	181
Rabia encerrada en un cuerpo roto .....	185
El segundo juicio .....	187
Cuentos mortuorios .....	201
Este juego ya no es divertido .....	206
Una mañana de descubrimientos y reencuentros .....	211
Un pacto con el diablo .....	216
Pequeña reunión entre quienes han perdido a una amiga .....	224
Crímenes con prioridades .....	227
El registro .....	233
Una prueba de confianza .....	244
La trampa .....	248
El escorpión .....	252
Una escena del crimen amañada .....	258
Las pesquisas de Liliana .....	264
Corazones .....	267
El tercer juicio .....	275
Tristeza .....	285
El cuarto juicio .....	287
El cielo arde .....	296
<i>Agradecimientos</i> .....	305

## Pétalos y la húmeda tierra de una tumba

Liliana despertó enterrada bajo rosas, confusa y con los pensamientos enredados. Supo que había estado muerta, y algo en su pecho se retorció ante la perspectiva de recordar.

Llovía. Reconoció el plic-plic de las gotas, el frío que le empapaba la ropa. La tierra húmeda se aferraba a ella en un abrazo con sabor a barro. La joven pataleó. La tierra la empujaba hacia dentro, como si estuviera atrapada en la boca del jardín, en su saliva marrón y sus dientes de macetas. Y la quería devorar hasta los huesos.

Liliana extendió los brazos entre gritos ahogados y escarbó con los dedos hasta que las gotas de lluvia le dieron una bienvenida fría y distante. La joven se enderezó tras abrirse camino a zarpazos. Su tumba era una fosa de tierra revuelta, como si no se hubieran molestado en enterrarla muy hondo o alguien la hubiera removido recientemente.

Vomitó piedrecillas, raíces y hojas. Al parpadear, descubrió que una telaraña cubría su mirada, como si uno de los ojos se le hubiese agrietado. Las líneas atravesaban todo lo que veía, fragmentando el jardín de rosas, la valla de hierro con sus caprichosas filigranas y la silueta del palacio. Aunque se frotó los ojos, las grietas permanecieron en su mirada una vez se hubo puesto en pie.

El meñique de la mano derecha se le partió cuando intentó incorporarse. Liliana contempló su dedo con la irrealidad de un sueño. No sentía dolor, solo esa rigidez de piedra que acartonaba sus extremidades. En su mano quedó un muñón y en la tierra un dedo pequeño, con la uña rota de tanto arañar en busca de aire.

La chica se arrastró afuera. Comprobó que la habían enterrado

con el uniforme, aunque le costó reconocerlo. El blanco de la falda y la camisa se había teñido de marrón y manchas de humedad decoloraban el negro del chaleco. Se había desgarrado la falda al intentar escapar y tenía la camisa mal abotonada. Según caminaba notó suelto uno de los zapatos, pero resistió más que el lazo, que se había escurrido y quedó enganchado entre las flores como una serpiente roja, mustia y triste. Liliana no se molestó en recuperarlo. Se agarró a la valla y buscó la salida del jardín.

Sus pensamientos se centraron en avanzar con pasos torcidos y renqueantes mientras ella zigzagueaba y pisoteaba las rosas. Dejó tras su camino un reguero de flores aplastadas y pétalos rojos como gotas de sangre. Cuando estaba viva, Liliana solía hacerse coronas de flores. Ahora solo le quedaban un par de rosas engarzadas en el pelo. Este había sido rubio, largo y muy brillante, ondulado sin llegar a considerarse rizado. Pero la lluvia y la tierra húmeda se lo aplastaban contra el cráneo.

La chica se detuvo para contemplar el cielo encapotado por nubarrones. Buscaba a los dioses oscuros, los únicos que podrían responder las preguntas que no lograba formular. Una parte de ella seguía bajo tierra, como si no solo hubiera olvidado un dedo, sino algo más importante. Le costaba pensar, evocar recuerdos, rescatar ideas. Le pesaba la certeza de que había estado muerta y que nunca más volvería a ser la de antes.

«¿Qué hora es? ¿Qué día es?». Caminó hasta las puertas del palacio. Estaban entornadas, como si llevaran todo ese tiempo esperándola. «Te echábamos de menos», parecían susurrar. Entró sin saber a dónde ir. Avanzaba por inercia, empujada por una rutina marcada con fuego. Liliana atravesó el vestíbulo. Bajo sus ojos sucios y rotos, el lugar era casi irreconocible: más polvoriento y oscuro, difuminado, con las paredes torcidas y cubiertas de grietas. Sus pasos sobre las escaleras repiqueteaban como la lluvia. Al agarrarse a la barandilla, dejó un rastro de porquería y polvillo en el mármol blanco.

Deambuló como un fantasma sin rumbo, terriblemente próxi-



ma a uno. Liliana ladeó la cabeza al descubrir que había luz en la clase. Se arrastró con más fuerza, incapaz de correr. Un titubeo la detuvo al alcanzar la puerta. No llamó. Deslizó el picaporte y dejó que la puerta se abriera al compás de un trueno.

La clase seguía tal y como la recordaba: de ladrillo y hierro, con doce pupitres tan rectos como si los hubieran medido con una regla, y ventanales a un lado. La pizarra era vieja y tenía la fecha dibujada con tiza. Día uno. Liliana notó un regusto amargo en la garganta al comprender que había estado muerta durante dos días. Su mirada tropezó con Cuervo. Su profesor, un autómatas de metal, graznó al reconocerla y su pico se quedó abierto mientras sus ojillos titilaban. Su regreso, repentino e inesperado, le había pillado desprevenido, y eso se transmutó en un cortocircuito de chispas azuladas. La chica giró la cabeza. Sus compañeros la contemplaban con asombro e histeria; también distinguió incredulidad, miedo y curiosidad. Eduvigis fue la única que no reaccionó; una vez más, se había dormido encima de la mesa.

No faltaba ninguno. Cleos se recolocó las gafas, Damien le dedicó una sonrisa torcida tras reponerse de la sorpresa, Rosetta ladeó la cabeza igual que un búho, Sofonisba tarareó una nana de bienvenida, Ylenna se retorció un mechón de pelo, Augusto frunció el ceño, Jacob gritó su nombre, Merche jugueteó nerviosa con uno de sus anillos, Ursicino se atrevió a levantar la mano en un saludo torpe y Maus ronroneó con los ojos brillantes.

La chica que ya no estaba muerta se apartó un mechón húmedo y rubio de la cara. Luego se le escapó un quejido con aspiración a grito al descubrir que había un desconocido sentado en su pupitre.

## El decimotercero

Rem soñaba con ceniza y humo cuando despertó la mañana del día dos. Las imágenes se desvanecieron como hollín entre sus dedos mientras apartaba las sábanas y se incorporaba. Solo quedó un regusto gris cuando se puso el uniforme y, después, nada.

Paru irrumpió en su cuarto sin llamar. Y, como era habitual en ella, lo hizo cuando quiso y sin respetar ninguna pauta.

—¡Buenos días! —canturreó, feliz y resplandeciente como las estrellas con las que se decoraba el pelo—. ¿Estás listo? ¿Y ahora? —Le ayudó a hacerse una coleta—. Sí, ahora sí. ¡Vamos!

Y le tiró del brazo. Rem se dejó arrastrar como todos los días, acostumbrado a esa rutina de empujones, gritos y risas. Sus compañeros no tardaron en aparecer. Surgieron a destiempo, solos o en parejas, y devolvieron los saludos como cualquier otra mañana.

Paru le soltó y el chico trastabilló. Al parpadear, las voces se disiparon y aquellos rostros sonrientes se consumieron como una vela. Se quedó solo en el pasillo, con el brazo extendido en busca de unos dedos que aferraban el aire. «¿Qué ha pasado?». Se giró y contempló su alrededor. Sus latidos sonaban con el ímpetu del tictac de un reloj. Se encontraba en uno de los muchos pasillos del palacio. Aquel llevaba a las escaleras principales y buena parte de su pared desaparecía tras unos ventanales. Reconoció las grietas que dibujaban telarañas en el cristal, la muesca en la balaustrada de mármol o el jardín que se entreveía afuera. Sin embargo, no llegaba a encajar con sus recuerdos. Más sucio, más viejo, empañado por una sutil pátina de decadencia.

Oyó un coro de pisadas. Dio media vuelta, todavía con el pulso descontrolado y la incertidumbre congelándole la sonrisa. Once sombras se acercaban y se detuvieron al descubrirle. El joven reconoció ese uniforme blanco y negro, decorado con corbatas, lazos o calcetines rojos; también distinguió cierta familiaridad en aquellos ojos brillantes que le devolvieron la misma mirada estupefacta.

—¿Y tú quién eres? —se atrevió a decir uno de aquellos desconocidos.

—Vaya... —comentó otra chica, una con pecas en las mejillas, como si la pregunta fuera para ella—. Creo que es el reemplazo de Liliana.

Un zumbido empezó a taladrarle la cabeza. La notaba escindida en dos, sacudida por unas preguntas que la dividían aún más. Quiénes eran ellos. Quién era Liliana. Dónde estaban sus compañeros. Aun así, se mantuvo en silencio. Todavía notaba el recuerdo de los dedos de Paru entrelazados con los suyos. Era un contacto que antes ardía y que ahora sentía tibio, sin llegar a ser helado. Como si hubiera sucedido apenas unos instantes atrás.

\*

Rem soñaba con fuego cuando despertó la mañana del día uno. Por primera vez en doscientos días, se quedó tumbado en la cama mientras el humo ahogaba los últimos retazos del sueño. Contempló la puerta. Paru aparecería en cualquier momento, con sus estrellas, su sonrisa y su energía de torbellino; dispuesta a susurrarle la última broma que se le había ocurrido y arrastrarle a otra de sus aventuras.

Lo hizo y no lo hizo al mismo tiempo. Le ayudó a recogerse el pelo oscuro en una coleta corta y, a la vez, tuvo que hacérsela él. Le empujó afuera mientras él salía tranquilamente tras arreglarse la corbata. Al llegar a las escaleras, después de sortear un entramado de pasillos estrechos, Rem se frotó los ojos. Le rodeaban once

jóvenes que pasaban de compañeros a desconocidos al compás de un segundero. Sintió que caminaba por las brumas de una pesadilla, solo que en esta ocasión no había ni humo, ni fuego, ni chispas. Pero sí el color de las cenizas tiñendo las paredes y enturbiando el aire.

Cuando quiso darse cuenta, se encontraba sentado en su pupitre. Era el mismo y otro diferente a la vez. Si cerraba los ojos, reconocía el tacto de la madera bajo sus dedos, pero luego descubría dibujos de hojas y flores que una mano traviesa había grabado quizá con un cuchillo. Alzó la cabeza. El mundo había dejado de temblar. En ese presente estático reconoció la clase y a Cuervo, pero no a sus nuevos compañeros. A su derecha había una chica que dormía encima de la mesa, con el pelo de un gradiente de rojos y rosas. A su izquierda, un joven se limpiaba las gafas metódicamente.

Rem jadeó según la angustia le apretaba la garganta, aderezada por la confusión de no saber qué sucedía. Las palabras de Cuervo le sonaron huecas, familiares: repetían un cuento que ya había escuchado, sobre niños perdidos y dioses oscuros. Cuervo siempre contaba cuentos en sus clases para que conocieran el mundo al otro lado del mar. Afuera llovía. El tintineo de las gotas se mezclaba con el tictac de sus latidos. El chico se llevó las manos a la cabeza. «Tiene que ser un sueño. Los de Paru eran así», pensó, ya con desespero.

—... los niños se acercaron al final del estudio con pasos temblorosos. Solo una se atrevió a extender el brazo y tirar de la tela. —Aquel cuento no era muy especial, pero recordaba a Paru asustándose tanto que gritó y le clavó las uñas en el brazo—. Al otro lado... Al otro lado había un cuadro incompleto, un borrador de carboncillo en el que se intuían las formas titánicas de un dios oscuro...

Un trueno alumbró la clase y la puerta se abrió. Se deslizó sin estrépito, pero él se sobresaltó igual. Una joven empapada de barro y con el pelo decorado con flores se arrastró adentro. Los demás

gritaron, se incorporaron o soltaron exclamaciones ininteligibles. Rem se quedó paralizado. Aquella chica tenía el uniforme sucio y roto, con la camisa abierta y manchada de tierra a la altura del corazón. Ladeó una cabeza torcida, con los ojos opacos y sin brillo, y grietas en la esclerótica del izquierdo.

—Liliana —dijo por fin una voz, confusa y atónita, que reverberó en el aire igual que un eco.

«Liliana», repitió él para sí mismo. Era el nombre que sus nuevos compañeros susurraban entre dientes y sin dar explicaciones, era el nombre que había oído el otro día y que él reemplazaba.

Un chico se incorporó. Alto, rubio, con una mirada de acero y una sonrisa afilada como un cuchillo. Caminó entre los pupitres y se dirigió hacia Cuervo con las manos escondidas en los pantalones y la espalda ligeramente encorvada. Rem sintió en la nuca una advertencia en forma de escalofrío. Y tragó saliva cuando el joven derrumbó a Cuervo de una patada. El autómata cayó al suelo y de su pico salió un lamento escacharrado.

Dos golpes más y sus ojos se apagaron.

Durante un momento, nadie se atrevió a decir nada.

—Damien, ¿por qué has hecho eso? —le recriminó la chica pecosa.

Damien se encogió de hombros, ignorándola, para girarse hacia la recién llegada.

—Bienvenida de entre los muertos, Liliana.